

BK4905  
P775  
N6  
v.1

ES PROPIEDAD



Biblioteca Universitaria  
de Almería



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## AL LECTOR

El primer biógrafo del Venerable P. José Pignatelli de la Compañía de Jesús, fue el P. Agustín Monzon de la misma Compañía, quien durante el destierro de las provincias españolas en Córcega y Ferrara vivió con él, en el restablecimiento de la Compañía en Nápoles fue uno de sus más íntimos y familiares amigos, siendo finalmente el hombre de su confianza durante el destierro de los jesuitas napolitanos en Roma. De no pocos hechos del Venerable fue testigo ocular el Padre Monzon; los demás los supo por las relaciones y notas que otros hermanos en religion le redactaron, y por las noticias que le comunicaron los compañeros del P. José en España y en Italia y los que fueron sus novicios en Colorno y súbditos suyos en Nápoles y Roma.

Escribióla á raíz de la muerte del Siervo de Dios, cuando estaba aún muy fresca su memoria, con el fin de que sirviese para introducir la causa de beatificación del recién difunto Padre. Por varios motivos que estorbaron el que la causa se introdujese, no fue posible incoar el proceso hasta el 17 de Mayo de 1836, casi veinte y cinco años después de la muerte del P. José; y hasta tres años ántes de esta fecha, esto es, en 1833, no vio la pública luz el escrito del P. Monzon. Concluido el proceso y extractado el Sumario de él, escribió otra más extensa vida del Siervo de Dios el P. José Boero; quien por residir en Roma, y tener á mano los procesos que acababan de hacerse, pudo reunir mayor número de noticias con que enriquecer su obra, como en realidad lo hizo.

De esta vida, que compuso el P. Boero y se imprimió en Roma el año de 1857, hizo un compendio en francés el P. Gabriel Buffier, y una elegante traducción al castellano el P. Félix Cumplido, la cual no llegó á darse á la estampa por algunas dificultades que su circulación en España á mediados de este siglo parecía ofrecer: léase sin embargo manuscrita como estaba, y su lectura excitaba el deseo de que se imprimiese. Ya que en esta biografía era menester introducir alguna modificación; creyóse preferible componer otra nueva, en que se evitaban las dificultades que ocurrían y con más libertad se pudiesen hacer aquellas variaciones y mejoras que se creyesen oportunas.

Dióseme este encargo, y lo acepté, creído que era empresa de fácil realización. Estudié detenidamente las dos biografías mencionadas;

005738

me fijé en cada una de las diferentes épocas de la vida del Venerable; y desde luégo noté un gran vacío en la época de la residencia del Siervo de Dios en Bolonia, pues siendo la que comprendía mayor espacio de tiempo, era á su vez la más escasa en noticias; de lo cual resultaba que la vida del P. Pignatelli en Bolonia se presentase á la mente del lector reflexivo como un largo eclipse, ocultándose á su vista la belleza de este sol, que reaparecía más tarde echando de sí brillantísimos resplandores.

Comprendí, pues, que era necesario rehacer, y casi componer de nuevo, esta época de sumo interés; y puse manos á la obra. Las cartas del P. José Francisco de Isla escritas desde Bolonia, la correspondencia del caballero Azara con D. Manuel de Roda, la historia de los Jesuitas de la Rusia Blanca por el P. Estanislao Zalenski, las relaciones manuscritas del destierro de la Provincia de Aragon por los PP. Blas Larraz y Vicente Oleina, el nunca bastantemente alabado Diario, tambien manuscrito, del P. Manuel Luengo, me ofrecieron preciosas noticias del Venerable, á las que pude añadir las no menos estimables que existen en los archivos de los señores condes de Fuentes y señores duques de Villahermosa, los cuales archivos pusieron á mi disposicion sus dueños con una generosidad merecedora del más profundo agradecimiento.

Faltábame todavía una fuente á que acudir: era esta el proceso existente en Roma, en el cual no podían faltar relaciones aptísimas para ilustrar la época en cuestion. Por gran fortuna mía hallé en un docto holandés, el P. Juan Bautista Van Meurs, la persona más competente y el amigo más deseoso de complacer y más infatigable en el trabajo, que podía yo desear. El ya mencionado P. Boero para la composicion de su obra se había valido solamente del Sumario, y no de los Procesos formados en las diferentes ciudades de Italia en orden á la beatificacion del Siervo de Dios: y el P. Van Meurs de su propio movimiento se me ofreció á recorrer uno por uno cada proceso, y uno por uno cada testimonio, apuntando cuantas noticias pudieran serme de alguna utilidad, que no constasen en el Sumario, ni por consiguiente en el libro del P. Boero. Envióme listas de documentos originales, ofreciéndoseme á copiar los que pudieran serme útiles y remitírmelos, como con asombro mío ha ido haciendo.

No sé ciertamente cómo agradecer tan diligente caridad: lo que sí haré será confesar que en lo relativo á la vida del Siervo de Dios el mayor mérito de este libro, si alguno tiene, débese de justicia á la laboriosidad del P. Van Meurs.

Estas son las fuentes de la presente historia. Y si bien es verdad que en tanta copia de documentos son relativamente en escaso número las noticias que he hallado relativas á la estancia del Siervo de Dios en Bolonia; tambien lo es que ellas son las suficientes para derramar sobre aquella larga época la luz necesaria para que guarde la debida proporcion con las que la anteceden y la siguen.

Pero un estimable tesoro he topado en la lectura de los sobredichos documentos, y tal que me ha hecho dar un nuevo giro y mayor am-

plitud á la obra. Este ha sido un conjunto de noticias, que si bien al parecer no se conexas íntimamente con el objeto principal de la historia, sin embargo ayudan poderosamente á su desarrollo sucesivo y gradual, y á colocarlo en plena luz. La historia del P. Pignatelli no es la de solo un hombre, sino la de una religion entera, cuyas vicisitudes corrieron parejas con las de toda la Iglesia y las naciones que más en ella influyeron en la segunda mitad del siglo pasado y en los principios del presente. El P. Pignatelli vivió en la Compañía de Jesús en tiempos los más calamitosos para ella. Cuando entró en la Compañía, extendíase esta, cual árbol frondoso y fructífero, por toda la redondez de la tierra: veíase ensalzada y favorecida de los Sumos Pontífices, protegida y autorizada por los monarcas católicos, y querida y respetada del pueblo fiel.

Á los pocos años de entrada en ella, la vio hecha el blanco del impío furor de todos los enemigos jurados de la Iglesia, que concitaron contra la hija de Ignacio el odio y las iras de las potestades de la tierra. Sus hermanos en Portugal fueron ó encerrados en lóbregos calabozos ó expatriados, cual si fueran no solamente relajados religiosos, sino tambien perversos criminales y súbditos rebeldes. En Francia fue condenado por impío y subversivo el instituto que él había abrazado y que veneraba como santo é inspirado por Dios. De España y de todos sus dominios se los extrañó con mayor inhumanidad é ignominia que si fueran reos confesos ó convictos de los más criminales atentados: y otro tanto sucedió con los del reino de Nápoles y los del ducado de Parma. Los príncipes de estos estados eran católicos: á nombre suyo y en virtud de su autoridad se descargaban tan desapiadados golpes contra la Compañía de Jesús; y vino á poner el colmo á tanta miseria y calamidad el rayo fulminado por el Supremo Pastor.

Y Pignatelli era miembro de esta sociedad, y entusiasta admirador de su instituto, y guardador fidelísimo de sus leyes. Solicitado repetidas veces á separarse de la compañía de personas tan abominadas, jamás quiso hacer traicion á los compromisos que con ella le ligaban: y no contento con esto, alentaba á los demás á que hasta la muerte permanecieran constantes en su primer propósito: y llevaba Pignatelli tal ventaja sobre sus compañeros, que uno de ellos no creyó hacerle lisonja con asegurar de él en una ocasion solemne que entre todos descollaba y sobresalía. Por último en un documento de incontestable autoridad se reconoce como una de las glorias de Pignatelli el haber sido destinado por la Providencia para transmitir á la posteridad el genuino espíritu de aquel instituto en toda su pureza.

Naturalmente se le ha de ocurrir á quien esto considere el preguntar: ¿cómo pueden conciliarse entre sí hechos por una parte tan innegables, y por otra tan incoherentes? Si las víctimas de tan atroces penas no fueron merecedores de ellas, ¿cómo pueden librarse de la nota de injustos, inhumanos y crueles los que se las impusieron? Y ¿habrá quien ose aplicar tan denigrantes calificativos á los príncipes católicos y al Pastor Supremo de la Iglesia? Mas si los castigados fueron culpables, ¿cómo á uno de los reos, y más reo que los demás,

se trata de proponerle como ejemplar y modelo de virtud á los hijos de la Iglesia para que le imiten?

Podría alguno dar solución á esta dificultad diciendo que entre la muchedumbre de individuos que componían aquella sociedad, los había culpables y los había inocentes; que los castigos se aplicaron á los primeros; y á los otros les alcanzó la pena por hallarse confundidos con los que de verdad eran criminales; y entre los inocentes se hallaba Pignatelli.

Pero esta distincion no tiene lugar en el presente caso. Los tribunales civiles que condenaron el cuerpo en general, pretendieron condenar á cada uno de los miembros que lo componían; y esto por la única y exclusiva razon de formar parte de él. Así lo afirmó el Consejo Extraordinario en su respuesta de 30 de Abril á la consulta hecha por el monarca. «El particular de la Compañía,» dice, «nada puede; todo es del gobierno: y esta es la masa corrompida de la cual dependen todas las acciones de los individuos, máquinas indefectibles de la voluntad de los superiores.» Esto se dijo en España: y lo mismo se aseguró por las otras potencias cuando pretendieron dar algun colorido de legalidad á sus disposiciones contra la Compañía.

Ahora bien, uno de estos particulares obedientes á sus prelados, una de estas máquinas indefectibles de la voluntad de sus Superiores, fue Pignatelli. Y aun más: en los ocho postreros años de su vida fue en Nápoles y en Roma el Superior que imprimía movimiento á las máquinas indefectibles de los particulares: él fue «la masa corrompida de la cual dependieron todas las acciones de los individuos.» Y á pesar de esto inmediatamente después de fallecido Pignatelli, se trata de entablar la causa de su canonizacion; y efectivamente se forma el proceso después de algunos años, y la Sagrada Congregacion de Ritos declara que el V. P. José Pignatelli fue muy semejante al fundador de la Compañía de Jesús, San Ignacio de Loyola, y que heredó el espíritu del santo fundador, y que fue dado por Dios para bien, salud y preservacion de la Compañía oprimida por tan graves calamidades, y providencialmente conservado hasta la ancianidad para transmitir fácilmente á los que habían de seguirle la primitiva observancia de la doméstica disciplina; y finalmente que resplandeció en prodigios demostrados con documentos auténticos: por todo lo cual el Soberano Pontífice Gregorio XVI le proclama Venerable y permite que se introduzca la causa de beatificacion del Siervo de Dios.

Estos son hechos innegables, y para todo católico verdadero sufficientísimos para tener al P. Pignatelli por un héroe de la Religion, y por santo aquel instituto, cuya fiel observancia eleva al que lo profesa al alto honor de los altares. Pero siempre queda en pie la dificultad ántes enunciada: ¿cómo se compadece santidad tan auténticamente reconocida y tan solemnemente proclamada con la imposicion de castigos, que solamente pudo merecer un insigne malhechor, decretados por un soberano pío, religioso y que se glorió del renombre de católico? Por lo que llevamos dicho es fácil adivinar que en esta cuestion se oculta algun misterio.

Ocúltase indudablemente. Y hanlo hecho más ininteligible las relaciones históricas de tan extraño acontecimiento; en la mayor parte de las cuales sus mismos autores han aparentado ignorar las verdaderas causas que lo produjeron, y han aducido otras, ó incompletas ó fingidas, que han aumentado la confusion: y los que realmente las ignoran, han alegado otras del todo insuficientes para concordar hechos contradictorios, confesando no alcanzar la verdadera razon de ser de ellos.

Desgraciadamente nuestra España fue la que con más terquedad, y aun con ciega obstinacion pudiera decirse, sostuvo la guerra á muerte contra el instituto de Ignacio; y ella es tambien la nacion en que con mayor empeño se ha trabajado en ocultar las verdaderas causas de los hechos: y no dudo asegurar que la historia patria de la segunda mitad del siglo pasado está casi por completo desfigurada. Ingenios preclaros han consagrado sus talentos, su habilidad, su estudio, su erudicion á la innoble tarea de presentar con todos los visos y apariencias de probabilidad ó de verdad histórica hechos del todo falsos, cuya falsedad sería hacerles menguado favor el suponer que ignoraban.

Y estos libros leen los que ansían conocer las glorias patrias; estos manejan los que buscan en el estudio de lo pasado el conocimiento de lo porvenir; estos se ponen en manos de la juventud en institutos y universidades. De aquí la ignorancia de la verdadera historia, la confusion de las ideas, las preocupaciones del espíritu contra todo lo que no se adapte á los erróneos conceptos que de los hechos y de las personas con antelacion se han formado.

Resulta de lo dicho, que no faltarán entre los lectores de esta historia, quienes aun antes de tomarla en las manos, se hallen inconscientemente prevenidos contra la persona, cuya santidad insigne está reconocida por autoridad competente, y tambien contra varias otras personas que intervienen en los sucesos que se han de relatar. De aquí la necesidad de ir disipando paulatinamente las tinieblas del error que ofuscan los entendimientos, á fin de que penetre en ellos la luz de la verdad, y la grandiosa figura de nuestro héroe se vaya presentando con sus colosales dimensiones y bañada en purísimo resplandor.

Ardua es la empresa que acometo: lo reconozco. El trabajo es doble de lo que suele exigir una biografía; porque es menester ir destruyendo á la vez que se va edificando; y nadie ignora cuánta dificultad ofrece el derruir un edificio de opiniones preconcebidas y tal vez no poco autorizadas. Dios me dé la fuerza y habilidad para ello necesarias, y todo redunde en mayor honra y alabanza suya y en gloria de su Venerable Siervo el P. José Pignatelli.